

El asesino no las quiere rubias

(Una novela “blanca” de Detectives Privados)

C. M. Federici

18. DRÔLE DE DRAME – FINAL

A CASO perturbada por las voces y el movimiento, una inocente mosca, que hasta entonces permaneciera sumida en sus ensueños de díptero, atravesó de un vuelo la pieza. Fue como si un “Boeing”, escapado de su ruta celestial, hubiese hecho irrupción mágicamente entre ellos.

Las cabezas se volvieron al unísono en dirección del hipocentro de la discordancia; identificada la causa, retornaron a su fascinación inicial.

Todos los ojos convergían en Juan Carlos. Este, a su vez, por detrás de los verdes cristales de las gafas, escudriñaba las reacciones del asesino.

Leves, pero inconfundibles, pensó. ¡No me equivocaba, por lo visto!

Pestañeó al oír la voz de Mendoza:

—¿A quién le hablaba..., detective? ¿O fue un disparo al bulto?

—¡Mendoza! —bramó el comisario—. ¡Colmó la medida! ¡¡Fuera!!

—No, por favor, comisario —le rogó Juan Carlos—. Déjelo quedarse... ¡Creo que merece presenciar el final de esto!

Mendoza le dirigió una mirada aviesa.

—No me haga favores —escupió—. ¡Se lo aprecio tanto como un forúnculo en el sobaco!

—A su gusto —replicó el joven, con ligero encogimiento de hombros—. Pero todavía no es momento de individualizaciones. Antes hay que reconstruir los otros crímenes. ¡Me pondré otra vez en carácter!

V IO EL movimiento irrefrenable de Quintana, que se volvía hacia él con rasgos desencajados. Sus custodias se apresuraron a contenerlo por los hombros, pero fue un esfuerzo desperdiciado. El abogado ya no tenía ánimos para intentar ninguna resistencia. Sólo se hundió más en su silla.

—¿Cómo pensás arreglártelas para esas reconstrucciones? —preguntó Callaza—. ¡No se te habrá ocurrido que nos traslademos a...!

—Podemos prescindir de eso. Les pido a todos un poco de imaginación. Ya que habló, comisario: ¿me ayuda interpretando a las víctimas?

Callaza se llevó la mano hacia la monda coronilla, pero alcanzó a detener el ademán a medio camino. Confuso, se levantó para reunirse con Juan Carlos.

—Contá conmigo. ¿Qué tengo que hacer?

—Vamos a suponer que éste es el departamento de Luciano Di Reggia, la segunda víctima. Para quienes no lo conocieron: él fue un psicoanalista de relativa fama, pero también un extorsionador. Trató a Lucy García cierto tiempo atrás, y se las arregló para enterarse de algún secreto trágico del pasado de ella.

”No era una persona demasiado apreciada. Yo mismo tuve un pleito con él, a raíz del cual..., me violenta confesarlo, quedó el hombre un poco maltrecho. Así que, comisario, tiene usted una herida en el pómulo, más un ojo tumefacto... Sí, el pañuelo puesto sobre la cara está bien. ¡En beneficio de la autenticidad, digamos!

Asiendo gentilmente al policía por un codo, lo colocó en medio del despacho, como si estuviese enfrentando a una invisible entrada. Aprobó con la cabeza, retrocedió unos pasos y se dirigió a su auditorio:

—Nos encontramos en el apartamento de Luciano Di Reggia —les informó—. Un escritorio con su lámpara, su teléfono, etcétera..., a más de un filoso cortapapel en forma de daga. En las paredes, fotografías de mujeres rubias. Al fondo, un mueble archivero. ¿Se lo representan? ¡Bien! Ahora imagínense una puerta, más o menos en el sitio en que me encuentro... Voy a llamar. ¡Atención!

SIMULÓ oprimir un timbre; Callaza, a su vez, mimó las actitudes del que acude a abrir. Entró “el asesino”.

—¿El doctor Di Reggia? —improvisó el detective privado, con voz ligeramente deformada—. Vengo por su llamado... ¿Pero qué tiene en la cara?

—Este... Un acci... ¡Me caí! —Callaza no sabía qué decir.

—Dejemos eso. ¡Sé que quiere extorsionarme!

—Yo... Eee...

—¡Ah! ¿Lo considera un término muy duro? ¡Digamos entonces que averiguó algo sobre mí y quiere que le pague por su silencio!... ¡Ya me imagino por quién se enteró...; pero ese pasado está muerto, ¿entiende?, y así se va a quedar!

Hizo ademán de lanzarse sobre el comisario. Este, que por fin parecía estar poniéndose a tono con el papel asignado, fingió trabarse en lucha. En determinado momento, Juan Carlos

alzó el brazo, y todos visualizaron el “filoso cortapapel” que figuradamente esgrimía. La representación del tajo mortal fue tan veraz que provocó más de un sobresalto entre los testigos.

CALLAZA se dejó caer con aceptable realismo. Juan Carlos fue hasta el lugar del supuesto archivero y realizó un convincente simulacro de revolver cajones y sustraer algo.

—¡El legajo comprometedor, a nombre de Lucy García! —“pensó en voz alta”, para beneficio de su auditorio—. ¡Me lo llevaré!... ¡Un momento! ¡Será mejor que saque varios más, para crear confusión!

“El asesino” se detuvo, como si meditase. De pronto, presa de inspiración, se lanzó hacia una de las paredes y “tajeó los retratos de mujeres”.

—¡No dejaré una sola foto sana! —jadeó—. ¡Creerán que lo hizo algún loco!

Terminada su “obra de destrucción”, atravesó la supuesta salida... y, con los anteojos oscuros en la mano, Juan Carlos volvió a dirigirse a los observadores, tras indicar al comisario que podía levantarse del suelo.

—Como ven, nuestro asesino está empezando a enredarse en su propia tela... Su plan primitivo se ha complicado. En un principio, él intentó *evitar* que se lo relacionase con rubias. ¡Por eso quiso arrancarle la peluca a la pobre Lucy, sin conseguirlo! Ahora, por el contrario, busca crear confusión *implicando* a otras rubias. ¡Su mente funciona de un modo peculiar, por cierto..., pero su astucia no debe subestimarse!

—CIERTO —reconoció Callaza—. ¡Esas fotos mutiladas nos llevaron a pensar que podía tratarse de un psicópata criminal!

—También mi padre y yo lo pensamos —dijo Juan Carlos—, y automáticamente sospechamos de Jorge Raskowsky, en quien yo había constatado cierta propensión a las actitudes paranoicas... Por otro lado, estaba el asunto de los escritos anónimos, muchos de ellos referentes a asesinatos sangrientos...

—A instancias de tu papá —apuntó Callaza—, los hicimos examinar por un perito. ¡Todos fueron, efectivamente, obra de Raskowsky, según surgió de la comparación con otros textos suyos hechos para trabajos de la oficina!

—Algunos de esos escritos contenían elementos que podían arrojar sospechas sobre él..., especialmente el que hablaba de “crímenes en serie”, cuando tan sólo se había perpetrado un asesinato. Pero lo más grave para el desdichado fue que esos textos suyos *también llamaron*

la atención del asesino, quien no podía estar seguro de que respondiesen nada más que a una fantasía neurótica.

”**V**EAMOS ahora, con la gentil colaboración del comisario Callaza en el rol de Raskowsky, cómo se desarrollaron los hechos en aquella noche fatal... Sírvase, comisario. —Juan Carlos le alargó una hoja mecanografiada—. Aquí tiene su libreto. ¡Úselo para responder a lo que yo le diga!

Callaza, vacilante, aceptó el papel y se quedó parado en espera de las directivas del detective. Este volvió a calarse los anteojos oscuros. Con la cabeza gacha, y el cuello del sobretodo levantado, hizo ademanes de golpear a una puerta.

—¡Señor Raskowsky! —llamó, en tono engolado—. ¡De la oficina!

—“¡Estoy suspendido!” —leyó el comisario en su *script*—. “¿Qué quieren a esta hora de la noche?”

—¡Es por un asunto importante! Por favor, permítame pasar.

Callaza avanzó un paso y “franqueó la entrada al visitante”.

— “¡Ah! Es usted... No lo reconocía. Pase.”

Juan Carlos volvió la cara hacia los circunstantes, observándolos por encima de los anteojos.

—Esta conversación, mantenida en el umbral de la pieza de Raskowsky —aclaró, con su voz natural—, está recogida a partir de la declaración de una vecina, que pudo oír lo fundamental. Lo que debió acontecer tras la puerta cerrada, sin embargo, se basa en deducciones.

“**P**ENETRÓ” y el comisario/“Raskowsky” “cerró tras ambos”.

—Vine a hablarle de Lucy —dijo el “asesino”—. Como la mencionaba en sus escritos, me imagino que serán buenos amigos...

—“¿Usted... leyó mis escritos?”

—Muchos los leyeron. ¡No debió dejarlos olvidados en la oficina! ¿Lucy le contó algo de su vida pasada? ¿Algún secreto?

—“¿Eh? ¿Secreto, dice? ¿Por qué me pregunta eso, eh?”

—¡Tiene que decírmelo! ¡Ahora mismo!

—“¡Es un asunto particular mío! ¿Con qué derecho...?”

Juan Carlos se tiró sobre Callaza, asiéndolo por las solapas. Empezó a sacudirlo con violencia, mientras le gritaba:

—¡Dígame! ¡Contésteme!

CALLAZA, con la respiración algo trabajosa, logró leer su parte:
—“¿Por qué insiste tanto? ¿No será que usted...? ¡Ya sé! ¡Usted debe saber algo del asesinato! ¡Quizás fue usted mismo el que...!”

Quienes observaban dejaron escapar un gemido de angustia cuando Juan Carlos, poseído de su personaje, se abrió el abrigo para “extraer el arma”. Su puño describió amplio arco, y Callaza acusó, dando fuertes gritos (como indicaba el guión), la “furibunda puñalada mortal”. El agresor se agachó sobre la figura caída, con la evidente intención de recuperar el arma, pero antes de que llevara a cabo su propósito se incorporó de un salto.

—¡Alguien viene! ¡Tengo que huir! —y simuló salir a la carrera.

Luego, sosteniendo los anteojos en la mano:

—La misma testigo que escuchó la conversación de antes —declaró Juan Carlos—, vio salir al criminal, y proporcionó una buena descripción.

—¡No fui yo! —gimió entonces el doctor Quintana, con el rostro hundido entre las manos—. ¡No lo crean! ¡No lo crean! ¡¡Todo es falso!!

—¡Llévense a ese hombre de aquí! —Callaza desertó de su representación de occiso para cursar tajantes órdenes—. ¡Ahora mismo!

—Sí —asintió distraídamente Juan Carlos—. Se lo pueden llevar.

Los agentes arrastraron fuera al flácido abogado, que no cesaba de proclamar desmayadamente su inocencia.

—¡No soy un asesino! ¡Fue un accidente! ¡Fue un...! —y su voz dejó de oírse.

UNA ESPECIE de suspiro de alivio brotó de la concurrencia. La mosca de marras intentó otro vuelo y acabó posándose en el cielorraso, totalmente inadvertida esta vez.

—Y ahora —anunció Juan Carlos—, vamos al último acto del drama. Comisario, por favor: ¿quiere simular que es Farrazzini, el Secretario? Yo me encargo de interpretar a mi padre —añadió, con voz firme.

—¿Y quién va a hacer de asesino?

Juan Carlos esbozó una extraña sonrisa.

—¡En su momento se proveerá! —afirmó.

Se despojó del sobretodo, lo dobló y lo puso sobre el respaldo de una silla desocupada. Luego se apoderó de otras dos y las arrimó al escritorio.

—Imaginemos que estamos en el archivo —dijo—. Este escritorio está cubierto de fichas y expedientes. Dos personas nos sentaremos para revisarlos: el Secretario de la oficina, Gualberto Farrazzini, y el ex comisario Dorteros. ¿Está claro? ¡Vamos, Callaza!

Este se sentó y volvió a servirse de su guión:

—“¿Para qué me hizo venir a estas horas? ¡Ya estaba en cama!”

—Perdone, pero es de suma importancia. —Juan Carlos, quizás en forma inconsciente, reprodujo la voz de su padre—. ¿Se ocupa usted del control del personal?

—“Es uno de mis cometidos, sí. ¿Qué quiere saber, concretamente?”

—Voy a darle unas fechas. Quiero que me informe qué funcionario no acudió a su trabajo esos días, ya que...

—¡¡Cuidado!! —avisó Callaza.

ENTRE un coro de gritos de alarma, una furia encarnada saltó sobre Juan Carlos, que apenas logró evitar la cuchillada a la carótida.

—¡Sujétenlo! ¡Alguien que haga algo!

Pero los uniformados se habían ido con el doctor Quintana, así que Callaza debió echar mano a su revólver de reglamento. Con la cara contraída por la aprensión se lanzó hacia el confuso revoltijo que rodaba sobre el piso, enzarzado en lucha feroz. El blanco era confuso...

—¡Dios mío! ¡Juan Carlos! —sollozó Virginia.

—¡Asesino! —aulló la viuda de Farrazzini—. ¡Asesino!

De súbito, Callaza vio su oportunidad. El agredido había logrado colocarse encima del criminal, y el brazo armado de este último golpeó contra el piso. Rápido como el lengüetazo del camaleón, el comisario lanzó el pie hacia adelante y hacia abajo. Sonó un crujido óseo, un grito de dolor, y el tintineo de la hoja de acero bruñido al salir disparada y chocar contra el pie metálico de una silla.

Juan Carlos se incorporó de un brinco, mientras Callaza, sin dejar de aplastar la muñeca del caído bajo el zapato, le apuntaba directamente entre las cejas.

—*¡Ni un movimiento, o disparo! ¡Como una estatua, Puentes!*

VARIAS horas después, en el cubículo del detective privado, Juan Carlos, Callaza y Virginia Linares compartían una botella de buen vino, que el comisario proveyó.

Había mucho que explicar, y el joven investigador procuró hacerlo lo más clara y concisamente posible.

—No contaba con pruebas sólidas en contra de él —admitió—. Solamente conjeturas, deducciones y mis conclusiones lógicas... Quizás no habría bastado para convencer al juez ¡Así que tuve que obligar al asesino a exponerse! Por eso todo el melodrama, y la pantomima macabra...

—Algo de eso intuía yo —dijo Virginia—. ¡Pero te confieso que llegó un momento en que no sabía qué pensar, y hasta se me ocurrió...!

—Perdoname. —Juan Carlos le oprimió la mano, lo que provocó en ella una sonrisa—. y usted también, amigo Callaza. ¡Pero era todo parte del *clima* necesario! De haber prevenido a uno u otro de ustedes, es muy posible que él hubiese recelado algo. ¡Esos tipos son de lo más sensitivo!

—¿Es un psicópata, entonces, al fin y al cabo?

—Aunque en cierto grado todos los homicidas lo son (de lo contrario, no transgredirían los tabúes sociales con tal indiferencia), es cierto que éste, en particular, no era la clase de maniático que fingía ser. ¡Las sospechas de mi padre tenían fundamento! Tuve que ir hasta San Fernando para confirmarlo... Por eso el plazo extra que le pedí, Callaza —sonrió.

—¿Y qué fue lo que encontraste allá? —preguntó el comisario.

—¡U N FRAUDE! El hombre, que de simple peón matarife había prosperado hasta hacerse dueño de una estancia, mató a una parienta suya por cuestiones de intereses. A fin de desorientar las investigaciones, no vaciló en cometer varios crímenes más... ¡Evidentemente, carecía de escrúpulos, como otros carecen de determinado miembro del cuerpo!

—¡Ya veo! —exclamó la psicóloga—. ¡El “Gato de Muchas Colas”! ¿No es así?

—¡Exacto! —aprobó Callaza—. Asesinó a otras mujeres, todas rubias (igual que lo era su familiar), ingeniándose para rodear aquellas muertes con un toque morboso...

—Y el periodismo sensacionalista, que nunca falla en casos como ése —añadió Juan Carlos—, hizo el resto... El asesino se había salido con la suya; pero, para mayor seguridad, puso tierra de por medio, hasta tanto se enfriasen las cosas. En ese ínterin, sin embargo, sus negocios sufrieron un revés, perdió un par de cosechas, y finalmente se quedó sin esas mismas propiedades que lo habían arrastrado al crimen... ¡Ahora tenía que huir de los acreedores, además de todo! Para entonces estaba muy cambiado, residía en la capital y había entrado a formar parte de la legión de empleados públicos.

—¡Camuflaje eficaz, si los hay! —comentó Callaza.

—Y hasta excesivo, diría yo —manifestó Juan Carlos—, porque ocurrió un caso de absorción de la personalidad por parte del medio..., ¿no es más o menos así como lo llaman, Virginia? Como asesino, había sido calculador, frío, eficiente... y refinado. En su facha de típico funcionario estatal parecía completamente inofensivo..., hasta un poco cómico, si se quiere.

—¿Un caso de doble personalidad? —insinuó Virginia.

—Yo diría mejor “personalidad dividida”. Una parte de él estaba hibernando, por así decirlo, bajo el capullo de su nuevo ego: la porción homicida. ¡Pero ésta afloró de nuevo, incontenible, al verse amenazado él por un... fantasma de su pasado! ¡Lucy García! ¡Su víctima de otrora!

VIRGINIA cruzó los brazos repentinamente, como presa de súbito frío. Caviló en silencio por algunos minutos; luego alzó la vista hacia el detective.

—Lucy sufría de... amnesia, ¿no es así? —inquirió.

Juan Carlos hizo un signo afirmativo.

—El trauma del ataque criminal, que a la edad de dieciséis años le dejara esa cicatriz que se consigna en el informe de su autopsia, fue tan tremendo, que sus mecanismos de defensa borrarán en ella todos los recuerdos de su trágica experiencia. ¡Inclusive el rostro del asesino!

—¡Ya veo! —la joven agitó las manos, con creciente exaltación—. ¡También su personalidad y toda su vida anterior, en San Fernando, se esfumaron! Fue *otra...*, literalmente. ¡Por eso dejó de teñirse el cabello de rubio (y subconscientemente execraba cualquier sugestión de volver a hacerlo), y por eso, también, *llegó al extremo de cambiarse el mismo color de ojos mediante lentillas de contacto oscuras!* ¡Todo para *sepultar* a la Lucy-víctima-del-loco!

—Por debajo de los niveles de conciencia, sin embargo —dijo Juan Carlos con suavidad—, todo constaba. ¡De ahí fue de donde Di Reggia se lo extrajo, posiblemente mediante hipnosis, sin permitirle recordar nada una vez liberada del trance!... Y cuando ella..., en el instante crucial..., se vio al espejo con peluca rubia y ojos celestes..., *una imagen viva de aquella jovencita cuyo recuerdo había bregado por relegar a lo más hondo*, sufrió un incontenible aluvión de revelaciones en cadena... ¡Y al encontrarse frente a frente con el asesino, éste surgió al fin tal cual era en realidad, rompiéndose la crisálida traumática que durante tantos años le ocultara a ella la verdad!

—Hilario Puentes... —musitó Virginia—. El sereno de la oficina... ¡Nunca lo habría sospechado! ¿Cómo fue que tú...?

JUAN Carlos enlazó los dedos, con ambos índices unidos apuntando hacia afuera, uno de sus ademanes favoritos.

—Hubo unos cuantos indicios sueltos. Primero, afirmó conocer apenas a Lucy, cuando estaba comprobado que se habían reunido varias veces, junto con Raskowsky, a conversar y tomar el té en la oficina, siempre que Puentes entraba más temprano, a fin de llenar su cuota de horas extraordinarias.

—Eso no es concluyente...

—Luego —siguió el detective—, lo del collar. Lucy llevaba uno cuando la mataron (el mismo que te hice poner para la reconstrucción); la puñalada del asesino lo desprendió, se le escurrió a ella por el escote y quedó oculto... ¿Cómo podía haberlo visto Puentes (¡y él mismo me dijo que lo había visto!), si no hubiese estado con Lucy *cuando ella aún vivía*?

”Por último, y más terminante, sus errores en los crímenes de Farrazzini y mi padre... ¡Y, por supuesto, el cierre de la campera!

—¿Cierre? —Virginia lo miró, intrigada—. ¿Qué cierre y qué campera? Lucy no...

—No de Lucy... ¡De Puentes! —sonrió el joven—. Aunque todo arranca, en verdad, del incidente que tuve con Mendoza en Jefatura.

—¿CUANDO quiso abusarse de vos? —preguntó Callaza—. ¿Pero eso qué tiene que ver con...?

—Ya me explico. Pero antes, permítame que le agradezca su intervención, amigo Callaza. ¡El habría llegado bastante más lejos si usted no se lo impide!

—¡Y no fue ésa la única ofensa de ese policía indigno! —estalló el comisario—. Se le comprobaron varios ilícitos, como aceptar sobornos y amedrentar comerciantes para cobrarles “protección”... ¡En estos momentos se le está abriendo un sumario, y ni Dios lo salva de unos cuantos años a la sombra!

—En lo que a mí respecta, sin embargo —dijo Juan Carlos, con un dejo irónico—, inconscientemente me prestó un servicio... ¿Recuerdan su gracia de estropearme la camisa con la almohadilla entintada? Como no tenía otra de recambio, me vi obligado a andar por ahí con el saco bien prendido, para ocultar la mancha. Fue un poco molesto, porque iba retrasado a encontrarme con mi padre, y al caminar aprisa me acaloré bastante. ¡Pero fue una suerte que me ocurriera justo aquella noche!

—¿Por qué una suerte? —se interesó Virginia.

—Como recordarán, la noche del asesinato de Farrazzini y mi padre había un clima algo templado... Cuando encontré a Puentes, ante la puerta de un bar cercano al Ministerio, yo, que venía de hacer dos cuadras a todo gas, estaba transpirando. Y en cuanto a Puentes, tenía la frente brillante de sudor... ¡Sin embargo, llevaba el zípper de la campera cerrado hasta la nuez! —Los ojos grises de Juan Carlos adquirieron un matiz acerado, y todo vestigio de sonrisa abandonó su boca—. Ya había perpetrado su doble crimen..., *¡y la sangre de mi padre le había salpicado el suéter!*

VIRGINIA palideció. Estiró el brazo para asir la mano del joven y lo cubrió con una sonrisa de ternura. Con dulce voz:

—Estuviste muy bien —le dijo—. ¡Mantenerte tan sereno en un momento así...!

—¡Es que entonces él me engañó por completo! —Luego de inspirar profundamente, Juan Carlos prosiguió—: En el baño del bar donde entró, Puentes se dio vuelta el suéter, que era de cuello alto, y no de escote en V, de manera que las manchas quedaron a su espalda, ocultas. Pero después, cuando, en una actuación digna del Oscar, fingió horrorizarse frente al cadáver de mi padre, cometió otro grave error...

”En su calidad de sereno, encargado de la vigilancia y seguridad del local, debió proceder inmediatamente a su revisión; ¡pero en vez de eso se quedó detrás de mí..., bien lejos del sitio en que había dejado el otro cuerpo!

—Hallamos a Farrazzini mucho después —dijo Callaza—, cuando hacíamos la pericia...

—Y, en fin, el colofón —resumió Juan Carlos—. Estando yo con Callaza, al día siguiente, en su despacho, llamó la viuda de Farrazzini... Estaba muy angustiada por no poder disponer de los restos de su esposo. El comisario iba a excusarse y colgar; pero yo insistí en hablar con la señora. ¡Y me felicito de esa inspiración, porque de ella obtuve una información importantísima! Parece que Farrazzini, al salir apurado la noche anterior, ante el llamado de mi padre, *había dejado olvidado su llavero...* ¡De manera que sólo pudo entrar en la oficina cuando Puentes le abrió!

”A HORA bien, el mismo Puentes me dijo que había dejado a mi padre con el Secretario, para ir hasta el bar, cerrando previamente la oficina. En tal caso, descartado el que Farrazzini se hubiese suicidado tras matar a mi padre (que fue lo que intentó hacernos pensar Puentes, pero de manera muy poco convincente, ya que se comprobó que Farrazzini de hecho falleció antes que mi padre), *¿cómo podría otro asesino entrar con las*

puertas cerradas, y no disponiendo Farrazzini de llaves para abrirle? Entre paréntesis, al Secretario no se le encontró ninguna llave encima, lo que ya de por sí debió de resultar extraño, dado que casi todos llevamos al menos una...

—Yo tampoco quedé convencido con el “suicidio” de Farrazzini —declaró Callaza—, porque la posición del cadáver, que sujetaba con ambas manos el mango del cuchillo clavado en su pecho, era demasiado forzada.

—¡Y he ahí justamente un detalle final, macabro si se quiere, pero que sirve para ilustrar a la perfección esa veta de pueril sagacidad que caracteriza a ciertos criminales! —dijo Juan Carlos—. ¿Se imaginan por qué el cadáver fue acomodado de esa manera..., con las dos manos sobre el arma letal?

Virginia se estremeció.

—No estoy segura de querer averiguarlo —murmuró.

—Y O LE había comentado a Puentes que una de las razones por las que la policía no había creído en el suicidio de Lucy (también tramado por él), fue que la occisa apareció aferrando el arma con la mano derecha..., ¡cuando su zurdera era bien conocida! De manera que, en su nuevo intento, *Puentes procuró eliminar toda posibilidad de error...*

—¡Horrendo! —gimió Virginia.

—Para Puentes, sin embargo —corrigió Callaza—, habrá representado un alarde de genio. ¡El toque maestro para redondear su plan! Lástima que haya tenido que vérselas con un detective del calibre de éste —sonrió—. ¡Digno heredero del apellido Dorteros! ¡Qué manera de razonar, pibe!...

—Mnemotecnia —dijo modestamente el joven—. ¡Simple cuestión de entrenamiento!

—¡Magnífico entrenamiento! —cumplimentó Virginia. Y, en tono insinuante—: ¿Sirve la mnemotecnia para recordar fechas importantes, querido?

—¡Diecinueve de marzo! —disparó él.

Virginia enarcó las cejas.

—¿Mes y medio ya?... —musitó, con su rostro casi pegado al del hombre.

—Y cinco días, y algunas horas... No es mucho tiempo de conocernos, ¡pero me bastó..., psicóloga!

—¿Te bastó para qué..., detective?

Callaza lo sabía. Hombre de tacto, dejó sigilosamente la habitación. Luciendo ancha sonrisa, cerró sin ruido la puerta a espaldas suyas y dejó a los muchachos ocupándose en sus cosas.

Estos, por su parte, se sentían ausentes del mundo cotidiano, en un paraíso exclusivo para ellos y su peculiar estado de espíritu, provisto incluso de un apropiado fondo musical...

—Aún les queda algo de vino en la botella —murmuró, satisfecho, el policía—. ¡Suponiendo que les entren ganas de brindar, claro!...

¡Estos benditos Dorteros tenían la virtud de rejuvenecerlo!

—DOS DÍAS MÁS TARDE SE CELEBRARON LAS EXEQUIAS DEL EX COMISARIO DORTEROS, CON ASISTENCIA DEL JEFE DE POLICÍA Y DEL MINISTRO DEL INTERIOR.

—EL TENIENTE MENDOZA, CULPABLE DE VARIOS ILÍCITOS, FUE DESTITUIDO SIN HONOR DE LAS FUERZAS POLICIALES, Y CONDENADO A SEIS AÑOS DE PENITENCIARÍA, NO EXCARCELABLES.

—EL DOCTOR QUINTANA FUE SENTENCIADO A NUEVE MESES DE PRISIÓN POR HOMICIDIO INVOLUNTARIO. SU CARGO DE DIRECTOR DE LA SECCIÓN ARCHIVO DEL MINISTERIO DE OBRAS PÚBLICAS FUE OCUPADO POR UN RECOMENDADO DEL MINISTRO.

—LA VIUDA DE FARRAZZINI SOLICITÓ AL PRESIDENTE DE LA NACIÓN UNA CONSIDERABLE INDEMNIZACIÓN POR LA MUERTE DE SU MARIDO, OCURRIDA DURANTE EL DESEMPEÑO DE SUS FUNCIONES EN HORAS EXTRAORDINARIAS. EL TEMA CONTINÚA DEBATIÉNDOSE A NIVEL DE LA CÁMARA ALTA.

—HILARIO PUENTES, RESPONSABLE DE NO MENOS DE SIETE HOMICIDIOS EN 1979 Y DE OTROS CINCO DOCE AÑOS MÁS TARDE, RECIBIÓ UNA SENTENCIA DE TREINTA AÑOS (EL MÁXIMO ESTABLECIDO POR LOS CÓDIGOS VIGENTES), PERO CUANDO APENAS LLEVABA CUMPLIDO AÑO Y MEDIO SE LE HALLÓ MUERTO EN SU CELDA, CON MÚLTIPLES HERIDAS INFERIDAS MEDIANTE UN “CORTE CARCELARIO”. SU CRIMEN NO SE HA ACLARADO HASTA LA FECHA.

—LA AGENCIA “MAGA” (CUYO INTRIGANTE NOMBRE OBEDECE A UNA PROSAICA COMBINACIÓN DE LAS DOS PRIMERAS LETRAS DEL NOMBRE Y APELLIDO DE SU DUEÑO ORIGINAL, MANUEL GARRIDO), CONTINUÓ BAJO LA EFICIENTE CONDUCCIÓN DE JUAN CARLOS DORTEROS, OCUPÁNDOSE DE CASOS DE HOMICIDIO Y ABDUCCIÓN, CON PREFERENCIA SOBRE LOS DE ADULTERIO O COMERCIALES. A TAL EFECTO HA INCORPORADO UN DEPARTAMENTO DE ASESORÍA PSICOLÓGICA, LIDERADO POR VIRGINIA LINARES.

—LA SEÑORA REBECA HOROWITZ VENDIÓ LA PROPIEDAD QUE COMPARTIERA CON RASKOWSKY A UN CONSORCIO DE CONSTRUCCIONES, EL CUAL LA CONVIRTIÓ EN UN MODERNO CONDOMINIO. LOS NUEVOS INQUILINOS, EN FECHA RECIENTE, HAN ELEVADO SERIAS QUEJAS ANTE LA DEFICIENTE ADMINISTRACIÓN DEL INMUEBLE.

—FIN DE “*EL ASESINO NO LAS QUIERE RUBIAS*”—

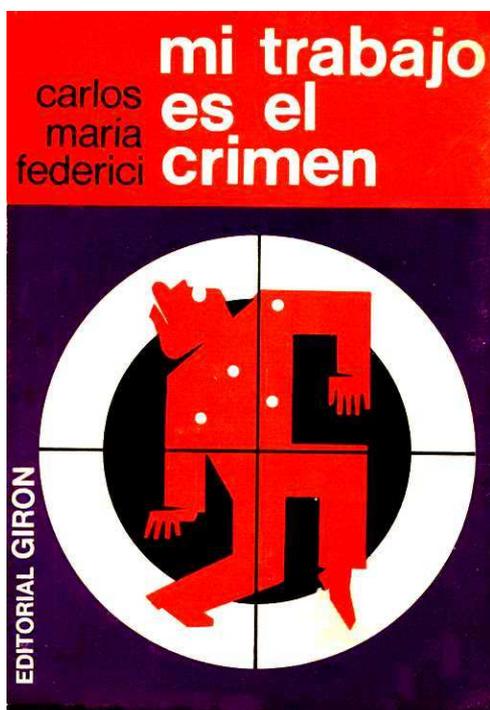
© copyright 1991-2016, Carlos M. Federici

Otras novelas policiacas de Carlos M. FEDERICI.



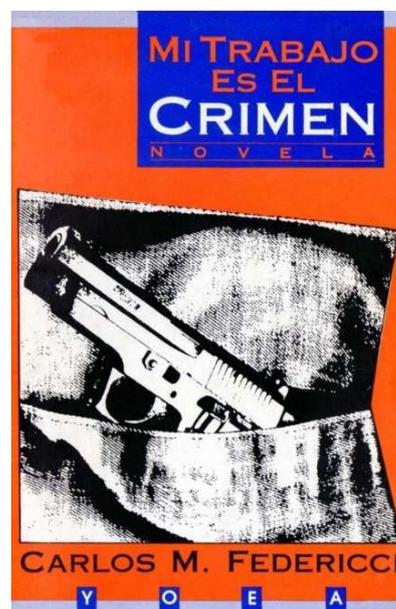
Primera novela de la trilogía, en la cual el comisario Dorteros es figura protagónica. ¡Crímenes misteriosos en balneario de moda! (Editorial "Acme", Buenos Aires).

La orilla roja, 1972

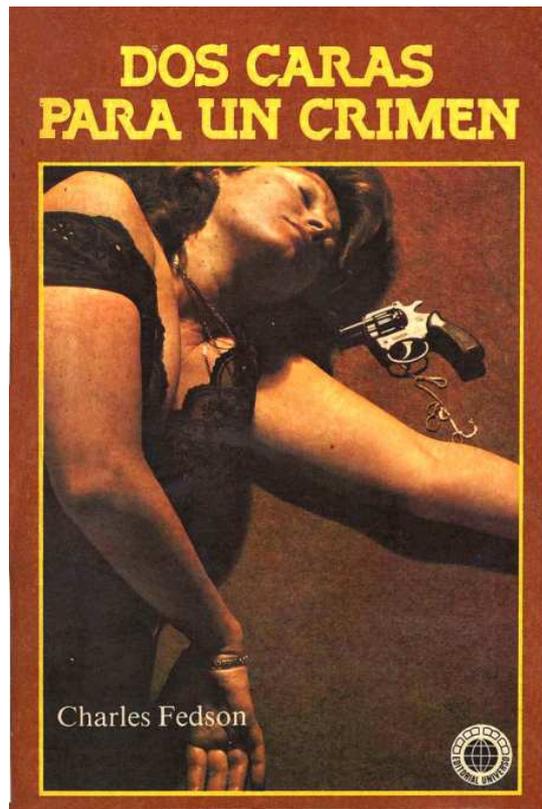


En "Mi trabajo es el crimen" el comisario Dorteros sólo actúa en calidad de "invitado". Este libro relata la historia de un asesino a sueldo, "Lucas" Gazzara, tenazmente perseguido por el comisario Callaza.

Mi trabajo es el crimen, 1974



Segunda edición (1992). Se hace notar que la primera, de 1974, bien puede considerarse como la incursión pionera en el "Género Negro", inédito hasta entonces, que yo sepa en esta margen del Plata. Ítem para coleccionistas: flagrante error en la portada del apellido del autor...



Dos caras para un crimen, 1982

Carlos María Federici, nacido en Montevideo y conocido a nivel mundial por sus cuentos y relatos (policiales y de ciencia ficción). Comenzó su carrera literaria en el año 1961, publicando para la revista "Mundo Uruguayo". En 1968 la revista española "Nueva Dimensión" publica su primer cuento y es corresponsal de la misma desde el año 1973. Trabajó para diversas revistas de Bélgica, Suecia, Argentina y México.

Entre sus libros editados se encuentran:
La ovilla roja (Argentina 1972). Posteriormente adaptada para *El Diario*.
Mi trabajo es el crimen (Montevideo 1974)
Los caras para un crimen (México 1982)
GODDEUS, los Ejecutivos de Dios, excelente novela premiada en el certamen literario municipal bienio 1972-73. Fantasía estilo "best-sellers", ambientada en el Vaticano.
 El protagonista es un latinoamericano que se ve envuelto en una campaña publicitaria en pleno período de cambios, que convulsionarían a la Iglesia en los años 60.

NOVELA
 YOE LA

G O D D E U \$
 (Los Ejecutivos de Dios)
 Carlos A. Federici

Goddeu-\$ - Los ejecutivos de Dios, 1989

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos **policíacos**, de **fantasía** y de **ciencia ficción** en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com